



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

“Perceval” o “El cuento del Grial”: primera novela de formación

Dra. M. Rosa Walker C.
Máster en Educación para la Salud (NC, USA)
Profesora Auxiliar
Pontificia Universidad Católica de Chile

El nacimiento de un nuevo género literario

La obra *Perceval o El cuento del Grial* de Chretien de Troyes¹ es considerada una obra clave en cuanto al origen de la novela, definida por Kayser² como “narración de un mundo privado en tono privado”. Se la ha llamado también “primera novela de formación”. En este artículo se describirán algunos aspectos de la obra por los cuales ha merecido ambos títulos.

Si contraponemos este poema con los *Cantares de Gesta*, que le precedieron, se observan diferencias muy importantes que apuntan al nacimiento de un nuevo género. Los *Cantares de Gesta* tenían autor anónimo, ya que eran recogidos de la tradición oral y por este medio se transmitían, aunque posteriormente fueran compilados y pasaran de este modo a la literalidad. Juglares o trovadores recitaban en verso hechos de origen histórico, poniendo especial énfasis en las hazañas de héroes importantes para la comunidad. En este recitar había toda una elaboración de identidad, lo que no requería que el público fuera culto, pues tal condición no era necesaria para inspirar el sentimiento de nacionalidad. Por otra parte, la obra *Perceval o El cuento del Grial* posee un autor conocido cuyo nombre es Chretien de Troyes, quien escribió la novela dirigiéndola no a la comunidad o a una masa anónima, sino a un destinatario conocido: Felipe de Flandes. Dicha dedicatoria tiene una gran importancia, porque Felipe de Flandes posee similitudes evidentes con el personaje principal de la obra.

La novela no trata de exaltar las hazañas de un héroe, sino contar la faceta íntima del camino de formación de un caballero, desde su adolescencia hasta su madurez. Fue escrita en prosa cortesano-burguesa, para un público culto.

El hecho de ser un texto escrito entabla toda una nueva relación entre autor y receptor ya que este último puede apropiarse del texto, volver una y otra vez sobre los párrafos que le interesan, leer a su propio ritmo, con lo cual se establece una mayor intimidad entre autor y lector que es característica de la novela. La propiedad antes descrita ya nos habla del nacimiento del hombre subjetivo, individual, que en el Renacimiento hará aparición en pleno. El hombre subjetivo y, por extensión, el lector subjetivo, reflejan la nueva forma en que el hombre de ese tiempo se percibía a sí mismo.

Algunos de los aspectos de esta construcción literaria derivan de esta nueva forma de instalarse en el mundo, propia del hombre del siglo XIII. En primer término, se descubre un narrador omnisciente relativo, que parece conocer lo que está en la mente de los personajes, pero que por diversas formas crea intimidad con el lector. El narra en tiempo presente y no se sitúa “por encima”³ de su audiencia, como el autor de los *Cantares de Gesta*. Se observa una focalización

variable, el narrador describe tanto hechos externos como movimientos internos, ya que muestra los sentimientos de algunos personajes. La distancia con el receptor en general es corta, porque utiliza un estilo directo con abundante diálogo. En algunas oportunidades se dirige directamente al lector “tenéis que creerme, si os place” o expresa sus sentimientos: “No tengo ganas de hablar más de ellos ni del dolor que tienen.”

En cuanto a los personajes, lo más importante para destacar en el personaje principal es que el foco de atención no son sus hazañas, como en los poemas épicos, sino la transformación de la persona. Los personajes secundarios son importantes, porque movilizan al héroe. Hay gran riqueza de personajes, aunque están débilmente esbozados.

Algunos antagonistas (como el caballero Bermejo, Anganguerón) parecen estar ahí para demostrar la valentía de Perceval, ya que, a pesar de ser muy poderosos y perversos, el protagonista los vence fácilmente. Otros, como su prima y su tío, le revelan aspectos que él no había visto (su falta). No tenemos posibilidad de adentrarnos en la simbología de los personajes, lo que requeriría un estudio mucho más profundo. En este comentario, queremos destacar únicamente a Blancaflor, que en un primer plano parece la enamorada que inspira grandes acciones, pero a un nivel más profundo parece símbolo del alma que seduce o despierta al Yo para que luche y la libere. Esta imagen podría ser, a su vez, metáfora del Espíritu Santo, presente en la Iglesia, que despierta a sus cruzados para que la liberen del poder de los paganos, representación de lo femenino y toda la carga simbólica que este concepto introduce en dicha época.

Argumento de la obra

Riquer y Valverde⁴ sintetizan el comienzo de las aventuras de este “ingenuo héroe”.

El cuento del Grial se abre con la presentación del protagonista, que hasta muy entrada la novela el lector no sabe que se llama Perceval (Parsifal en las versiones alemanas), muchacho en los principios de la adolescencia, fuerte, hábil en el manejo de los dardos empleados en la caza mayor y de una acusadísima ingenuidad, que se ha criado en una “yerma floresta solitaria”, aislado del resto del mundo y sin otra relación humana que su madre y los labradores que cultivan sus tierras, situadas en Gales. El lector va averiguando poco a poco que este muchacho pertenece a un ilustre linaje de caballeros, ahora en plena decadencia, y que tanto su padre como dos hermanos mayores suyos, a quienes no llegó a conocer, murieron en guerras y en acciones de armas. Debido a ello la madre, llamada la Dama viuda, lo ha criado en el aislamiento y en completa ignorancia de cuanto sucede en el mundo civilizado, y muy principalmente de cuanto pueda referirse a guerras, a luchas entre hombres, a armas mortíferas y a la caballería. Chretien de Troyes insiste en el carácter salvaje e inculto de su joven protagonista, que entra en escena únicamente dotado de fuerza física, extraordinaria agilidad y una gran destreza en el manejo de armas arrojadas, utilizadas solamente para la caza de venados. Su formación religiosa, debida exclusivamente a lo que le ha enseñado su madre, si bien es ortodoxamente cristiana, no va más allá de las nociones de catecismo que puede tener un niño pequeño y jamás ha visto una iglesia, ni menos aún ha presenciado una ceremonia religiosa. Este primitivismo ingenuo de Perceval se debe a una de las intenciones más claras de Chretien, que quiere ofrecer a lo largo de la novela un auténtico programa educativo del perfecto caballero, y para ello lo presenta desprovisto de

toda formación y dotado únicamente de unas condiciones elementales innatas e imprescindibles: el vigor físico y la excelente puntería. En el episodio inicial de la novela, Perceval aparece cazando y es sorprendido, en la soledad de la Yerma Floresta, por la luminosidad y colorida aparición de cinco caballeros que transitan por allí y que lo interpelan tratándolo como a un rústico campesino galés. La vieja herencia por él desconocida y la fuerza de la sangre obran sobre el muchacho, pasmado ante la belleza, el fulgor y el colorido de las armas, y oye por primera vez la palabra “caballero” y se entera de que existen escudos, lanzas y lorigas, así como de que hay un rey, llamado Artús, que “hace caballeros”. Perceval decide inmediatamente que irá a él que lo haga caballero. Ello produce a su madre gran dolor, pues ve por tierra todo su afán de aislarlo del mundo y de mantenerlo en ignorancia de todo cuanto tenga relación con las armas y la caballería. Pero es hábil mujer: da unos elementales consejos a su hijo y lo viste con prendas rústicas y casi risibles, a fin de hacer fracasar sus proyectos de ser recibido en la corte y ser armado caballero. Y así el “buen salvaje” se encamina al castillo de Carduel, donde estaba entonces la corte del rey Artús.

Un hecho esencial, que puede pasar inadvertido al lector, se da cuando al partir Perceval de su rústica morada en la Yerma Floresta Solitaria, vuelve la cabeza por última vez y ve que su madre cae tendida en el suelo. Duda el muchacho, porque no sabe si simplemente se ha desmayado o si ha muerto, pero no intenta averiguarlo y emprende su camino”.

Llama la atención la carga simbólica o de enigmas presente en la obra: “La discrepancia entre la perspectiva limitada del narrador y la complejidad y profundidad de los objetos narrados puede producir efectos especiales. Incluso los enigmas pueden ser puestos deliberadamente por el autor”⁵. En cuanto al acontecer, como decíamos, destaca la narración de un combate íntimo, que es un elemento más propio de la novela que de la literatura anterior. El motivo de la obra, pareciera ser un camino espiritual que de alguna forma recorre las etapas más importantes de la vida, desde la adolescencia a los éxitos de la juventud temprana, el quiebre que implica el descubrimiento de la debilidad o falta (autoconocimiento) y la reconstrucción que conduce a la sabiduría. Trama y sentido se entrelazan a través de los sucesivos encuentros que van desafiando a Perceval hasta llegar a su quiebre (el reconocimiento de su pecado) y el deseo de reparación. Hay aquí un elemento nuevo respecto a la literatura que le precede, que es tal como se anticipaba, la entrada al mundo íntimo de los personajes. El descubrimiento de su pecado, que lo conduce luego a cinco años de andanzas lejos de Dios y finalmente a su conversión y comunión, completan el ciclo cristiano de pasión, muerte y resurrección. La narración se interrumpe aquí, quedando aparentemente inconclusa, ya que la muerte sorprendió al autor sin haber completado los episodios finales o de desenlace. El manuscrito que se conserva continúa con las aventuras de otro caballero, Gauvain. A este fin abrupto se debe la fascinación que ejerce esta obra, que ha permitido múltiples interpretaciones. Una interpretación posible de la novela podría considerarla prácticamente completa, ya que Perceval, al encontrar la debilidad en sí mismo y la fuente de la gracia habría descubierto las armas más importantes para su combate espiritual, que lo dejaban en condiciones de cumplir su futura misión (suceder al mítico Rey Pescador). Esta lectura de Perceval como una obra prácticamente completa se apoya también en sucesos históricos. El destinatario, Felipe de Flandes, igual que Perceval, era heredero de un reino en decadencia y después de una primera negativa de ayudar a su tío el rey Balduino, hace un segundo intento y se pone en marcha como cruzado para liberar Jerusalén del poder de los turcos. En la obra se pueden observar muchas similitudes entre Felipe de Flandes y Perceval.

La escena de Grial y el pecado de Perceval

En cuanto al tiempo, en las escenas hay gran movilidad y el transcurso del tiempo es casi real en la descripción de los sucesos, a medida que Perceval va acumulando triunfos sin dificultad. Al llegar a la escena del Grial, sin embargo, el tiempo parece detenerse, como en un cuadro, creando una sensación de enigma y suspenso. Aquí podría verse una invitación al lector a anticipar o participar en la solución del enigma.

Perceval, habiendo acumulado numerosos triunfos y enamorado de Blancaflor, se ve asaltado por la culpa por la que habría sido la suerte de su madre. Emprende el camino de vuelta. Se le aparece súbitamente un magnífico castillo, es invitado a entrar e introducido en una gran sala donde está postrado un hombre tullido que le ofrece una espada. Se narra entonces esta enigmática escena del Grial:

“Había allí dentro una iluminación tan grande como la podrían procurar las candelas en un albergue. Y mientras hablaban de diversas cosas, de una cámara llegó un paje que llevaba una lanza blanca empuñada por la mitad, y pasó entre el fuego y los que estaban sentados en el lecho. Todos los que estaban allí veían la lanza blanca y el hierro blanco, y una gota de sangre salía del extremo del hierro de la lanza, y hasta la mano del paje manaba aquella gota bermeja. El muchacho que aquella noche había llegado allí, ve este prodigio, pero se abstiene de preguntar cómo ocurría tal cosa, porque se acordaba del consejo de aquel que lo hizo caballero, que le dijo y le enseñó que se guardara de hablar demasiado. Y teme que, si lo pregunta, se le considerará rusticidad; y por esto, no preguntó nada.

Mientras tanto, llegaron otros dos pajes que llevaban en la mano candelabros de oro fino, trabajados con nieles. Los pajes que llevaban los candelabros eran muy hermosos. En cada candelabro ardían por lo menos diez candelas. Una doncella, hermosa, gentil y bien ataviada, que venía con los pajes, sostenía entre sus dos manos un grial. Cuando allí hubo entrado con el grial que llevaba, se derramó una claridad tan grande, que las candelas perdieron su brillo, como les ocurre a las estrellas cuando sale el sol, o la luna. Después de esta, vino otra que llevaba un plato de plata. El grial, que iba delante, era de fino oro puro; en el grial había piedras preciosas de diferentes clases, de las más ricas y de las más caras que haya en mar de tierra: las del grial, sin duda alguna, superaban a las demás piedras. Del mismo modo que pasó la lanza, pasaron delante del lecho, y desde una cámara entraron en la otra. Y el muchacho los vio pasar, y no osó en modo alguno preguntar a quién se servía con el grial”⁶.

Cualquier cristiano medieval formado en la tradición católica habría visto sin dificultad lo que se esconde en esta rica simbología⁷. La lanza que sangra representa la lanza de Longinos, que atravesó el costado de Cristo. La doncella que lleva el Grial es figura de la Iglesia. El que es alimentado es otro rey, padre del rey tullido, a quien el héroe debería suceder. Pero Perceval no pudo comprenderlo, porque no tenía formación y porque aún no tenía conciencia de pecado, que habría abierto sus ojos para comprender el significado oculto en esta escena. Más adelante, dos personajes se encargarán de revelárselo y se dará cuenta de que el hecho de “no haber hecho las preguntas” ante una escena tan insólita impidió al rey salir del maleficio y recuperar no solo su salud, sino el esplendor de su reino. Esto de “hacer las preguntas” tiene relación con la ceremonia de la Pascua judía, en la cual no se puede iniciar el rito hasta que el niño más pequeño

el más ingenuo hace las preguntas: ¿Por qué esta noche es diferente?, ¿por qué no hemos cenado y estamos ayunando?, ¿por qué no estamos durmiendo y permanecemos toda la noche en vigilia? Esta ceremonia es la misma de la vigilia pascual católica, en la que los creyentes permanecen en oración todo el Sábado Santo en espera de la resurrección. Aquí se presenta, aparentemente, como un elemento mágico (¿por qué algo tan banal como no hacer unas preguntas va a impedir la salvación de un reino?), pero se comprende su significado al considerar que toda la obra está escrita en clave cristiana.

¿Y cuál es, entonces, el pecado de Perceval? Según los intérpretes de la obra, Perceval pecó de orgullo: no hizo las preguntas por no evidenciar su rusticidad, esto es, la vergüenza de su origen y la ausencia de padre. El no sabía que era heredero de un reino. Esta mudez sería consecuencia del pecado contra la caridad, al abandonar a su madre sin saber si había caído muerta en el momento de su partida.

El hombre moderno y la búsqueda de identidad

De todos los elementos señalados, quisiéramos destacar el motivo de la obra, es decir, la búsqueda de la identidad, como elemento clave del nacimiento de la novela. Perceval solo conoce su identidad luego de vivir varias experiencias dramáticas que le revelan tanto su valor en aquellas acciones más elevadas, como su debilidad en sus faltas más graves. Perceval salió a la vida sin saber ni quién era su padre ni que era heredero de un reino. Esto lo empujó a hacerse una identidad por sí mismo.

La búsqueda de la identidad es indicadora de esta nueva forma de estar en el mundo, ya que al resquebrajarse el viejo orden feudal aparece la posibilidad del hombre autónomo que se hace su propio camino. En el antiguo orden feudal estaba determinada la jerarquía, el origen, lugar y misión de cada sujeto en la sociedad.

La obra muestra el paso desde un mundo teocéntrico a un mundo antropocéntrico en que el hombre se percibe a sí mismo como autónomo y toma sobre sí el peso de la construcción de su propia vida. En esta tarea, lo divino ya no es determinante; más adelante será un referente que apela a la libertad personal. El hombre deberá enfrentarse al desafío de recorrer en soledad un camino propio, con luces y sombras. La obra también puede entenderse como un paso de la infancia a la adultez, tanto a nivel personal como social. El pecado de Perceval necesario en su recorrido y la gravedad de sus consecuencias le suponen una toma de conciencia de sus límites como hombre, y de la imposibilidad de realización personal sin tener claro su origen (punto de apoyo). Sus circunstancias biográficas le facilitaron el paso del apoyo en el padre terrenal, al reconocimiento de su Padre sobrenatural. Es este mismo Padre el que permite su libertad.

La lectura de esta obra tiene un interés especial por el tiempo histórico que vivimos. La posmodernidad ha supuesto, precisamente, una “conciencia de límite” a nivel global, característica que ha sido considerada positivamente por algunos autores⁸. La intervención en el patrimonio genético humano, la destrucción medioambiental y los desequilibrios económicos globales están creando un temor a nivel planetario de estar enfrentando problemas cuya dimensión y gravedad amenazan quedar fuera de control. La sensación de límite, o de tocar fondo, tiene que ver con la percepción de que los recursos han llegado a ser insuficientes para

enfrentar los desafíos. Hoy vivimos en un mundo que ha dejado de reconocer a Dios como Padre y como Creador que sostiene el universo, por lo tanto, el hombre ha quedado abandonado a sí mismo. El límite puede anteceder a un cambio en la visión de mundo, lo que se da en Perceval, y que puede considerarse una auténtica conversión. La conciencia del límite, ya sea individual o social, puede ser precisamente el momento privilegiado para buscar la salida en otra dimensión. Esta novela muestra, a través de enigmas y símbolos de gran belleza, este proceso de crecimiento a través del paso por el límite. El protagonista logra llegar a ser un “caballero” en plenitud recorriendo un camino que pasa a través del triunfo y la humillación, hacia el Misterio (el Padre) que le sale al encuentro. A partir de ese momento, suponemos que el héroe deja atrás la pasión por acumular hazañas, y se dispone a realizar su auténtica misión.

1 Chretien de Troyes (1994) *Perceval o El cuento del Grial*. Espasa Calpe, Madrid. Trad. Martín de Riquer.

2 Kayser, W. (1961) *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Gredos, Madrid, 3ª ed.

3 Kayser, W. (1961) *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Gredos, Madrid, 3ª ed.

4 Riquer, M. y Valverde, J.M. (2002) *Historia de la literatura universal*. Tomo III. Planeta S.A. Barcelona.

5 Kayser, W. (1961) *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Gredos, Madrid, España. Pág. 265.

6 Troyes, C. *Perceval o El cuento del Grial* (1961) Espasa Calpe. Madrid, España. Pág. 95.

7 Riquer, M. y Valverde, J.M. (2002) *Historia de la literatura universal*. Tomo III. Planeta S.A. Barcelona, España.

8 Mucci, G.S.J. (1998) “La posmodernidad buena”. *Rev. Humanitas* 9. Año III. Pontificia Universidad Católica de Chile.